



tamoanchan



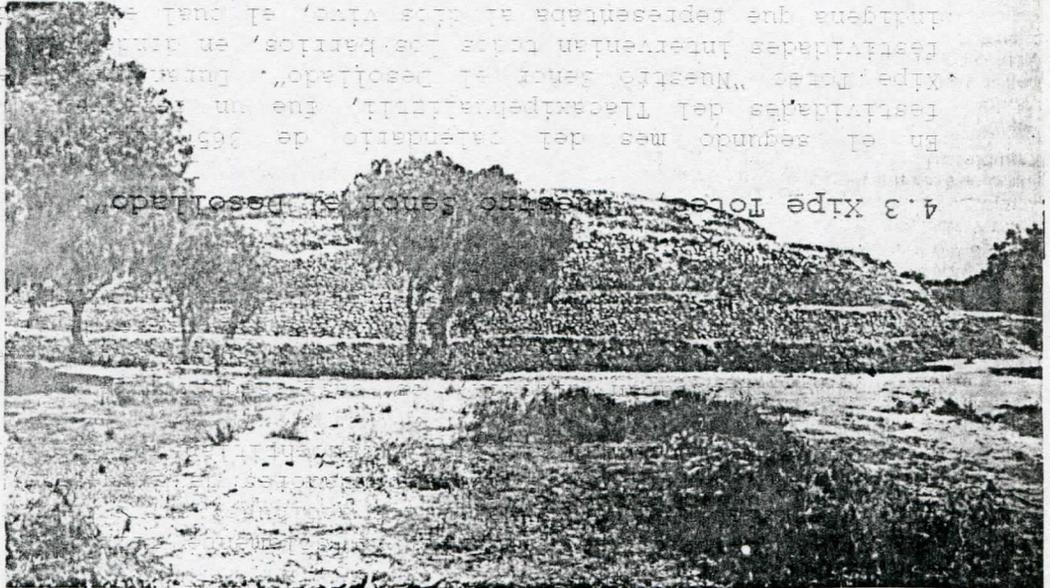
Lunes 29 de septiembre

UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL CENTRO I NAH MORELOS

Morelos y la Torre de Cuicuilco

Ricardo Melgar

Lo alto y lo bajo, esa vieja coordenada de la civilización occidental que ordena y valora el espacio urbano, reaparece en el macroproyecto de la Torre de Cuicuilco de 25 niveles más anexos en la superficie, financiada por el empresario Carlos Slim (Grupo CARSO) y que, a su servicio, elaboró el prestigiado arquitecto, Teodoro González de León. La primera defensa de la controvertida torre, se apoyó en un frágil y poco edificante argumento: el diseño descansaba en la autoridad del arquitecto González de León, no en la consistencia del mismo. Sucede que en estos tiempos de crisis de paradigmas, ningún saber disciplinario o científico, incluye al de los arquitectos, puede encastillarse como única razón frente a las muchas disidencias académicas y ciudadanas apoyadas en sus respectivos saberes disciplinarios o empíricos. Ningún exponente notable de los mismos, puede asumirse como juez y parte de lo que está en discusión pública: la realización de una de sus obras, monopolizando el escenario de lo alto y su simbolización. Sin saberlo, nuestro connotado arquitecto, recoge esa equívoca interpretación sobre lo alto atribuida a San Pablo a partir del siglo IV (Epístola de los Romanos, 11.20), que sus interesados traductores convirtieron en admonición contra el conocimiento ilícito de las cosas altas (Guinzburg, 1989:92). La otra defensa de la torre, más precaria y ayuna de argumentos, la exhibió el escritor Fernando Benítez, de cara a las muchas y presuntas ignorancias que adivina en los rostros de esa anónima multitud de ciudadanos inconformes. Desde la torre imaginada del señor Slim, Fernando Benítez, mira y estigmatiza a los de abajo; su autoridad es la razón sin más. Post-scriptum, los delegados indígenas y zapatistas, emergidos de los distintos submundos que encierra y niega el escenario nacional, se reapropiaron simbólicamente de lo alto al pisar el vulnerado escenario de Cuicuilco. Esta presencia de la diversidad étnica y su gran abanico de argumentos consistentes en favor de su preservación, invitan al autor de Los Indios de México a una necesaria y pública rectificación. Recordaré que el vocablo alto en



Pirámide de Cuicuilco.

clave admirativa, se evidencia como una inequívoca voz de orden, pretendiendo inmovilizar a que se mueve en sentido contrario o quiere reorientar su itinerario. Sin embargo, el campo democrático tiene otros modos de construir las voces de orden, incluyendo la crítica de la razón autoritaria de lo alto. La coordenada de lo alto y lo bajo, es la más universal de las antinomias humanas y está presente en todas las culturas. Pero la semántica originaria de lo alto y lo bajo, ligada a lo sagrado y lo profano, se fue recreando. Un conocido historiador contemporáneo sostiene con acierto que: «... el simbolismo de lo «alto» se halla profundamente vinculado, como aun hoy lo expresan las lenguas indoeuropeas, con el poder político» (Ginzburg, 1989: 96)

El simbolismo de lo alto, de manera paralela a como fue apropiado por

el poder político, se convirtió al ritmo de la expansión de la modernidad, en atributo de la ostentación cotidiana del poder del capital. La modernidad, permitió también que el poder económico y político, convergieran con cierta frecuencia en sus afanes e intereses de simbolización de lo alto. También implicó que los espacios de mediación entre lo alto y lo bajo, quedasen en manos de la emergente intelectualidad mesocrática y de una heterogénea y creciente clase política de significativa extracción popular.

Frente a lo alto, lo bajo representa todo lo desechable, incluido el pasado incómodo con sus símbolos arcaicos; por lo que puede ser depredeado, negado, ocultado. Los herederos de la última modernidad, apuestan a ensanchar las distancias entre lo bajo y lo alto. Este principio clasificatorio, norma y

valora asimétricamente a los actores sociales, sus espacios y artefactos de identidad. Leer a la ciudad desde lo alto, tiene viejas implicaciones civilizatorias. Desde la torre de Cuicuilco, se podrá mirar un gran fragmento de la ciudad de México, la zona sur, de arriba a abajo, aunque en línea horizontal podrá el señor Slim, sus socios y amigos, mirar su espejo en la torre de Elektra, reconocer a sus pares a la mitad del cielo. Uno y otro, representan el poder de la mirada, son los nuevos caras del capital. Desde allí o desde cualesquier otro lado, un helipuerto, posibilitará que nuestro jet set neoliberal, sea el ojo omnisciente de la ciudad toda. Viejo sueño civilizatorio del mirar, recordado por Michel de Certeau: «La voluntad de ver la ciudad ha precedido los medios para satisfacerla. Las pinturas medievales

continúa en la siguiente página..

Morelos y la Torre de Cuicuilco

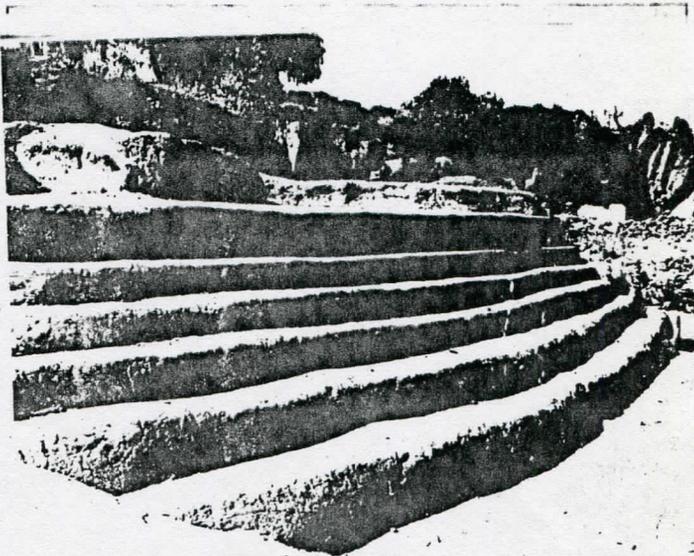
viene de la primera plana del suplemento...

o renacentistas representaban la ciudad vista en perspectiva por un ojo que, no obstante, nunca había existido hasta ese momento. Inventaban a la vez el sobrevuelo de la ciudad y el panorama que éste hacía posible. Esta ficción ya transformaba al espectador medieval en ojo celeste. Hacía dioses. ¿Será de un modo diferente desde que los procedimientos técnicos organizaron un poder «omnividente»? El ojo totalizador imaginado por las pinturas de antaño sobrevive en nuestras realizaciones. El mismo impulso visual obsesiona a los usuarios de las producciones arquitectónicas al materializar hoy la utopía que ayer sólo era una pintura. La torre de 420 metros que sirve de proa a Manhattan sigue construyendo la ficción que crea lectores, que hace legible la complejidad de la ciudad y petrifica en un texto transparente su opaca movilidad» (Certeau, 1996: 104).

Los empresarios y políticos neoliberales al insistir en que debe divorciarse el mercado, de la cultura y la política en aras del desarrollo y la libertad, no hacen más que fabricar la más tardía ideología y práctica despótica de nuestro tiempo. Para ellos, el mercado representa el cielo, mientras que la democracia y el

trabajo, conforman poco menos que el taparrabos de su retórica mercantil, es decir, las metáforas de lo bajo. El señor Slim parece convencido de que su megaproyecto apunta a ofertarnos un espacio abierto de contornos edénicos, dejando de lado los obvios cálculos económicos de sus potenciales ganancias, a su eficiente cohorte de asesores, administradores y contadores. Dejemos que Carlos Slim, nos refiera su último sueño, como si fuera para nosotros un regalo caído del cielo:

(Peña Pobre) «...lugar público en el que la población pueda asistir a pasear y a comer, comprar y divertirse... Ser un lugar vivo y seguro al que las personas y familias puedan asistir cuando quieran; que sea un lugar de encuentros y convivencias de jóvenes, adultos y familias con grandes espacios disponibles, que se paguen impuestos y se creen empleos. (...) Por cierto, el proyecto considera desde 1987, que el lago de lluvias se filtre al subsuelo, además de un sistema de drenajes pluviales que recojan el agua excedente para conducirla a los mantos freáticos a través de los pozos de absorción (La Jornada, 3/9/1997). La torre difumina el simbolismo de lo alto al hinterland de su base y espacios periféricos, subvirtiendo esa lectura



popular de la física, que indica lo alto arriba y lo bajo abajo. Sucede que esta antinomia simbólica de densa carga axiológica y normativa, no ancla sus sentidos en alguna ley de la física, sino en las claves propias de las representaciones culturales. Para aclarar este sentido, no olvidemos que las azoteas (lo físicamente elevado de las construcciones urbanas), han sido marcadas por la tradición urbana como los escenarios deseables de muchas transgresiones (lo bajo). Volviendo a la torre de Cuicuilco y el hinterland paradisíaco que nos oferta con gran sueño el señor Slim, preguntémosnos: ¿Cuántos ciudadanos mexicanos en su mayoría anclados en los escenarios de lo bajo, podrán acceder a él? No nos equivoquemos, el espejo posmoderno de las élites opera bajo un circuito no explícito verbalmente de exclusiones, pero sí de obvios y visibles mecanismos de control y discriminación.

El capital de este fin de milenio se reviste en nuestro país y en América Latina de muchas máscaras económicas, no todas ellas legítimas; actuar conforme a derecho no es su fuerte aunque sí su coartada. El último día de gobierno de Carlos Salinas de Gortari (Proceso 1083/3 de agosto/1997), a manera de cariñosa despedida a los señores del Sur, expidió una nueva norma que reverfía el uso del suelo en la otrora zona ecológica protegida de la delegación Tlalpan, donde se ubican la torre de Elektra, y se comenzaría a edificar, la que financia el señor Slim. Siendo cierta esta aseveración, pondría una vez más en evidencia la conjunción o amasijo entre entre el poder

económico y el poder político; también cierta pragmática discrecionalidad, del cada vez más controvertido «estado de Derecho» vigente. En estos días de festividades patrias, Cuicuilco, ha sido escenario de resonancia de las voces indígenas que reclaman: el respeto a la voluntad ciudadana de frenar la construcción de esa torre de pesadilla sobre uno de sus espacios primordiales; la urgente reglamentación del artículo 4to constitucional; el cumplimiento gubernamental de los acuerdos de paz en Chiapas.

A nivel más general, sabemos que la especulación financiera y la inversión inmobiliaria son las vías cómodas del narcolavado, compitiendo deslealmente con otros inversionistas, novísima forma de trocar lo bajo por lo alto y lo legal por «estado de derecho». Pero unos y otros, saben que comparten un poder omnimodo, tienen además la certeza que, en estos escenarios, gobierna la voluntad neoliberal y la impunidad.

Historiar el caso de las ex-fábricas de papel «Loreto y Peña Pobre» más allá del hinterland patrimonial arqueológico de Cuicuilco en la ciudad de México, espeja las prácticas depredadoras y antidemocráticas, extensivas al Estado de Morelos y la ciudad de Cuernavaca. Los usos del suelo urbano no pueden quedar al libre arbitrio del mercado y sus malas artes para ablandar a funcionarios, revertir prevenciones ecológicas, culturales o de interés público. Las notarías ciudadanas concentran de manera fragmentada, la memoria escrita y formal del capital



Xipe Topec

"Nuestro Señor el Desollado"

Laura Ledesa
Giselle Canto Agullar
Centro INAH Morelos

En el segundo mes del calendario de 365 días se celebraban las festividades del Tlacaxipehualtzil, fue festival dedicado al dios Xipe Totec. «Nuestro Señor el Desollado». Durán menciona que en estas festividades intervenían todos los barrios, en donde cada uno atavía a un indígena que representaba al dios vivo, el cual era sacrificado en cada uno de sus templos.

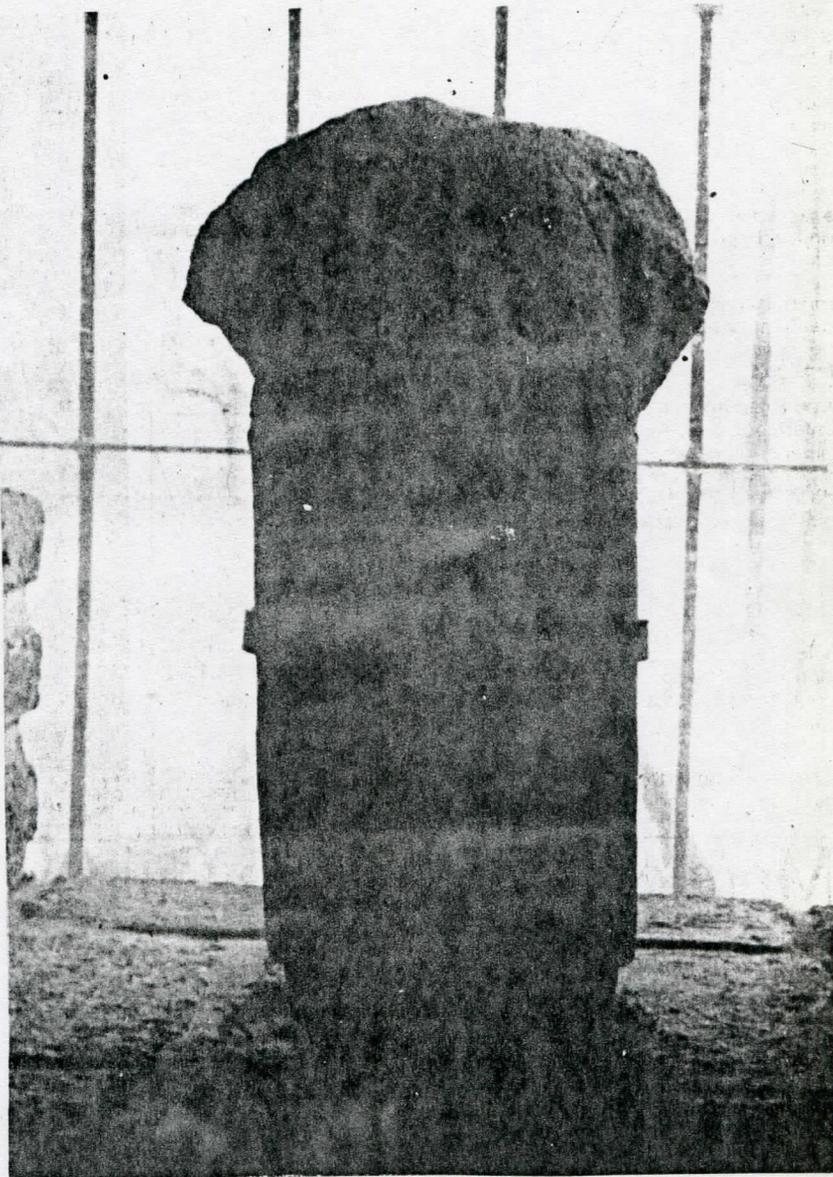
Las ceremonias presentaban dos momentos culminantes, en el primero un cautivo de la guerra, sacrificado sacándole el corazón, era desollado y su piel vestida por un sacerdote. En el segundo, se llevaba a cabo un sacrificio gladiatorio, donde otro cautivo de guerra se enfrentaba a guerreros, y después era sacrificado sacándole el corazón. Estas ceremonias climáticas fueron generalmente celebradas por la noche, utilizando como fondo la arquitectura de sus templos y con los participantes ricamente ataviados. Estos elementos se combinaron para crear una dramática representación que impresionaba en alto grado a los espectadores entre los que se encontraban los macehuallin.

El simbolismo de los rituales a Xipe Totec esta relacionado con las prácticas agrícolas, la fertilidad y la renovación de la vegetación. Desde finales del siglo XIX, Seiler propuso que el desarrollamiento y el uso de la piel de los sacrificados simboliza la renovación anual de la vegetación de la tierra, y la danza de los xipeme con el chicauaztli, bastón sonaja, el trabajo de la tierra con el bastón plantador. Posteriormente, Thompson, basándose en

la hipótesis de Seiler, propone que el desollamiento y la decapitación fueron el símbolo del acto de deshojar y desgranar la mazorca de maíz(1).

En este carácter agrícola de las festividades la razón por la cual participaban todos los calpultin. Durante el primer día del festival, Durán menciona que en Tenochtitlan cada barrio ofrecía un cautivo que durante 40 días antes del sacrificio personificaba al dios Totec; el día del sacrificio, a finales del mes, el cautivo era llevado a Templo Mayor donde los sacerdotes le sacaban el corazón. Su cuerpo era recogido por los ancianos del capulli y lo llevaban a su templo donde era desollado y la gente pobre vestía la piel personificando nuevamente al dios por otros veinte días, los llamados xipeme. El cuerpo le era entregado al guerrero que lo había capturado, y después de cocinarlo con maíz, lo comía acompañado de familiares y amigos.

Sahagún en su Historia General hace la descripción del hombre que era investido como el dios Xipe Totec de la siguiente manera: «La imagen de este dios es a manera de un hombre desnudo que tiene el un lado teñido de amarillo, y el otro de leonado; tiene la cara labrada de ambos partes a manera de una tira angosta que cae desde la frente hasta la quijada; en la cabeza, a manera de un capillo de diversos colores, con unas borlas que cuelgan hacia las espaldas; tiene vestido un cuero de hombre; tiene los cabellos trenzados en dos partes y unas orejeras de oro; esta ceñido con unas faldetas verdes, que le llegan hasta las rodillas con unos caracolillos pendientes; tiene una



cotaras o sandalias; y una rodela de color amarillo con un remate de colorado todo alrededor; tiene un cetro con ambas manos, a manera de la copa de la adormidera donde tiene la semilla, con un casquillo de saeta encima, empinado» (2)

El culto a «Nuestro Señor el Desollado» puede remontarse hasta el periodo Clásico (150-550

d. C.), ya que han sido identificadas en la ciudad de Teotihuacan representaciones del dios(3). Posteriormente, los mexicas le atribuyeron un origen extranjero a este dios. Broda propone que es probable un origen sureño a lo largo de la costa del Pacífico, entre los estados de Oaxaca y Guerrero, en las regiones de los tlapanecas, yopimes y zapotecas (4).

Sahagún describe que los yopis y los tlapanecas tenían por dios a Totec Tlatlahuqui Tezcatlipoca (5), pero también dice que el dios Xipe era honrado por los que vivían cerca del mar, el dios de los zapotecas (6). Esta información no sería contradictoria como lo propone Johanna Broda (7).

continúa en la siguiente página

Xipe Topec

"Nuestro Señor el Desollado"

viene de la página 13

Las imágenes del dios Xipe Totec siempre muestran a un personaje vestido con otra piel humana la que se puede apreciar por la presencia de dobleces y costuras del cuerpo, o bien por la doble boca, doble orbita ocular, o dos pares de manos y dos pares de pies. En Coatetelco existen dos esculturas que aunque están fracturadas y no se recuperó la cabeza, representan a este dios. La más pequeña, que se muestra en este tema, tiene la piel anudada en la espalda. La presencia de las dos esculturas es evidencia de que en Coatetelco también llevaban a cabo los ritos del Tlacaxipehualiztli como parte de los rituales asociados a la fertilidad.

Xipe Totec fue el patrono de las enfermedades de la piel como viruela, sarna, apóstemas, toda clase de tumores o inflamaciones de la piel y enfermedades de los ojos. Quienes las padecían podían curarse colocándose la piel del desollado. Para Broda esta función del dios es muy imprtante ya que lo relaciona con los dioses del agua. También los tlaloques eran los patronos de ciertas enfermedades de la piel como la lepra, las bubas y la sarna, ya que se creía que estas se curaban con agua(8).

Sahagún en su Historia General también menciona que este dios

fue patrono de los joyeros, los tecuiffahuaque, «gente que trata los metales finos de otro y ' plata»(9).

La aparición de dos esculturas en Coatetelco, sumamente fragmentadas, pero que conservan atributos que permiten identificarlas como evocaciones del dios Xipe-Totec, concede la posibilidad de plantear que en la ciudad se relacionaron con los dos tipos de ceremonias que se practicaban, uno asociado con la agricultura y la otra con las prácticas militares. De nueva cuenta, esta relevancia de los objetos condecen a sugerir que Coatetelco fue parte integral del señorío de Miacatlán.

- (1) Broda 1970:257-258; Nicholson 1972:216
- (2) Sahagún 1975:45
- (3) Sejourne 1957:163-172
- (4) Broda 1970:244-249
- (5) Sahagún 1956, Historia General vol.1, c.XVIII:65
- (6) Sahagún Códice Florentino Libro I:16
- (7) Broda 1970:244-249
- (8) Broda 1970:242, 1971:255-256
- (9) Sahagún 1956, Historia General, 1, c.IX:65-66



Morelos y la Torre de Cuicuilco

viene de la página 12

inmobiliario y la propiedad.

Por último, hagamos un poco de memoria morelense de cara al asurito Peña Pobre. Esta fábrica de papel y su gemela, la de Loreto, fueron favorecidas por una concesión estatal morelense a lo largo de varias administraciones políticas, todas priístas. Tal concesión, coadyuvaron en mucho a devastar los bosques del norte de Morelos, sus recursos acuíferos, su rica fauna. Al mismo tiempo, este flujo maderero de corte cuasi monopólico, favoreció la especulación de los fraccionadores campesinos de las cuatro últimas décadas, en los municipios de Huitzilac y Tepoztlán; así como en los entornos de los pueblos de Santa María Ahuacatlilán y Chamilpa.

En 1978, el lic. Francisco Xavier Aráoz a la sazón director de Investigaciones Históricas y Culturales del Gobierno del Estado de Morelos, estimaba que el flujo de

madera que absorbió esta empresa papelería, alcanzaba ya la enorme cifra de 60 mil hectáreas de bosques, principalmente en el norte de Morelos (El Sol de Cuernavaca, 8/5/1978). Por su lado, León Bejarano, el gobernador de turno, un mes más tarde, voceaba las virtudes de su Programa de Aprovechamiento Forestal en Huitzilac, incorporando 80 hectáreas de bosques, a la depredadora pero rentable práctica de convertirlos en 3,500 metros cúbicos de maderas enrolladas para satisfacer las demandas de los buenos clientes capitalinos (El Sol de Cuernavaca, 14/6/1978). En la actualidad, la especulación sobre las tierras de bosques, sigue su acción devastadora, bajo la mirada imperturbable de las actuales autoridades ecológicas y políticas del Estado. Por todo lo dicho: fuera y dentro del Estado, el mirador de lo alto, parece exhibir muchos de los atributos atribuidos a la baja

Bibliografía:

CERTEAU, Michel de, La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer, UIA-ITESO-CEMCA, México, 1996. GINZBURG, Carlo, Mitos, emblemas e indicios Morfología e historia, Gedisa editorial, Barcelona, 1989.

Fotos tomadas de: Copilco-Cuicuilco: Guía oficial/ Piña Chan, Román- México SEP-INAH, 1967

tamoanchan número 47
UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL

Es un suplemento semanal editado por

ElRegional
del sur
morelos

INAH
MORELOS

Cualquier información, sugerencia o publicidad dentro de este suplemento, favor de dirigirse a nuestras instalaciones en la Avenida Palmas #111 Fraccionamiento Bella Vista, c.p. 62170, en Cuernavaca, o al Teléfono (73) 13•28•93

lunes 29 de septiembre de 1997